

HACE algunos días (el 3 de noviembre, para ser preciso) se cumplió el primer centenario del nacimiento de Menéndez y Pelayo, don Marcelino, sin disputa el mayor erudito que ha producido España.

Su figura que asombró a los contemporáneos con los macizos volúmenes de los Heterodoxos, de la Historia de las ideas estéticas en España, de los Orígenes de la novela, ha asumido en los cuarenta y tantos años que corren desde su muerte (en 1912) proporciones casi mitológicas. Menéndez Pelayo está en los orígenes—inconmovible, siempre nutricio—de la historia literaria en lengua española.

Este reconocimiento no puede hacer olvidar las limitaciones de su magistral empresa. Era más un historiador de la literatura que un crítico literario (se interesó poco por el arte literario dentro de los marcos del clasicismo y de la doctrina católica más ortodoxa; a pesar de su enorme campo de lecturas y como ha observado tan agudamente Borges) carecía de la facilidad de asociar temas y autores de mundos tan opuestos. Pero, en cambio, tenía la capacidad de percibir y exponer con gran claridad y fuerza los graves por el peso que tuvo siempre su palabra magistral. La opinión de Menéndez Pelayo (como la de Aristóteles en la Edad Media) sirvió durante mucho tiempo para cerrar cualquier discusión. Sutilezas, extrañas y hasta increíbles, tal vez inocentes de sus juicios, podían encontrarse en libros posteriores, tal vez inocentes de ser sus tributarios.

Un terreno en el que la opinión de Menéndez Pelayo tuvo más peso que la de los demás críticos. Como ya se sabe que publicó (entre 1883 y 1886) una Antología de la lírica para la Academia de la Lengua, Menéndez Pelayo escribió un estudio crítico luego reeditado bajo el título de Historia de la poesía lírica en España (1891). Por ende, la crítica académica de la publicación, por la circunstancia de que sólo se ocuparon de autores de la tradición clásica y del historiador, en la perspectiva que su obra ofrece de la poesía de América hispánica es notable. Menéndez Pelayo no sólo es creador de nuestra lírica está ausente y por razones obvias (Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Antonio Machado, tan como Lugones o Herrera y Reissig). Pero más grave que las omisiones, fue el hecho de que no se trató de una "antología" en el sentido del gusto o la interpretación del crítico. En particular, todo lo que se refiere a la lírica de América, es el romanticismo en América.

Ya José Enrique Rodó indica (en un artículo de sus contenidos, *México y la América Latina*, 1896) un criterio con el que se ha seleccionado la representación uruguaya y lamenta, firmemente, la exclusión de los argentinos, afirmando que no parece haber advertido Rodó el motivo de esta exclusión: Méndez Pelayo no cree en el romanticismo, sino en el realismo, y no ve un movimiento foráneo, llega a calificar de "escaso y desmedrado" al fruto "que cosechó el romanticismo en América" (en su primera y nativa forma) y por eso cree que "su acción fue más bien negativa y disolvente que fecunda, como lo ha-

En esta convicción es la que determinó el carácter de perspectiva con que considera Menéndez Pelayo la introducción del romanticismo en América, error que se perpetúa y amplía en muchos de sus discípulos agnósticos. Porque a pesar de su rotunda afirmación y a pesar de la buena simpatía que él mismo profesa por el romanticismo de Pelayo, adelantó ahora las páginas con que se presenta esa investigación. Porque nada prueba mejor la vigencia de un hombre como Menéndez Pelayo que la necesidad de continuar revisando y, tal vez, renovando incesantemente sus puntos de vista. Este es el mejor homenaje.¹⁶

na Perspectiva

Todavía no se ha estudiado en forma cabal el Romanticismo hispanoamericano. Existen estudios parciales, que enfocan una época o un autor, o en el Uruguay) pero los trabajos de conjunto faltan. Es necesario, pues, que, con excepción, falen totalmente la perspectiva a introducir una valoración crítica bionómica. La crítica bionómica americana no ha producido todavía un trabajo como la *Historia del romanticismo en América* de Allan Poe (C) En las biografías, aunque acordes a las verdades, no se han considerado suficientemente la perspectiva, y parecen tener casi todos los casos de un tratamiento superficial. Es necesario, pues, que el estudio de la historia hispanoamericana para que pueda ser elogiado, debe ser un estudio que se extienda a los países de la zona del Plata y en particular, durante la crisis argentina del Uruguay, el Brasil y Chile. Es necesario, pues, que el estudio de la historia hispanoamericana para que pueda ser elogiado, debe ser un estudio que se extienda a los países de la zona del Plata y en particular, durante la crisis argentina del Uruguay, el Brasil y Chile. Es necesario, pues, que el estudio de la historia hispanoamericana para que pueda ser elogiado, debe ser un estudio que se extienda a los países de la zona del Plata y en particular, durante la crisis argentina del Uruguay, el Brasil y Chile.

permanencia en París, de marzo a
dicho año hasta mayo de 1880, le per-
mitió familiarizarse con la nueva li-
teratura francesa que libró sus ma-
yores batallas durante ese lapso.
Aunque su viaje tenía como móvil
estudios de economía y derecho,
pronto se sintió atraído al joven po-
eta la poesía. "Como desahogo a estudio
más serio, me dediqué a leer algu-
nos libros de literatura. Shakespeare,
Schiller, Goethe, y especialmente
Byron, me conmovieron profunda-
mente y me revelaron un mundo
nuevo". (2)

Se llama qué émbolos frecuentemente. Esbozando, qué lecturas realista, qué en el detalle su experiencia literaria del Romanticismo. Alguna referencia menor han pesquisado los eruditos. En una carta en francés dirigida a P. Sarrasin, el 18 de mayo de 1837, dice: «un chapitre bien savant de nos promesses, et surtout de la fête du mariage de Schiller [en: Cálculo y amor]. Vous ne pouvez vous figurer l'effet que ces paroles produisent sur moi: le maître s'exprime toujours parce que l'impression est fort bien profonde. L'œuvre nouvelle me conduit à considérer la grande œuvre de la vie de Schiller, dans sa production et sa

PARA EL CENTENARIO

Menéndez Pelayo y el

ceux de votre grand Goethe. Quels trésors n'ai je pas trouvés! Avec quelle avidité je les ai dévorés!"

Se puede conjeturar de allí que Echeverría no llegó a conocer el idioma alemán y sus lecturas debieron hacerse siempre en traducciones; lo mismo puede suponerse de sus lecturas inglesas y en particular de Byron sobre quien escribía en carta íntima a mediados de noviembre de 1829 estas exaltadas vaguedades: "Lord Byron será el poeta de los siglos por que es el poeta de las pasiones y éstas son en poesía el solo reflejo in-



DON MARCELINO
MENENDEZ PELAYO,
Un erudito con toda la barba

deleble de la humanidad. En traducciones, Echeverría pudo manejar no sólo a los poetas arriba citados; también frecuentó a Manzoni, a Walter Scott, a Thomas Moore, a Young, a Crabbe, a Kirke White, a Coleridge. (3)

De los poetas románticos franceses su preferido fue sin duda Victor Hugo, no aunque según dijo Gutiérrez Cordero, "no me gusta mucho Víctor Hugo". Alíello debe agregarse C. Leconte de Lisle, de cuya Aísla habría de extraer Leconte. Y, largamente. Una palabra de Albedri en mi vida privada complotan este rol de escritores románticos. En la vida de Albedri, el haber sido educado en Francia durante la Restauración tuvo las primeras noticias de la literatura francesa. En la vida de Hugo, de Alejandro Dumas, de La Fontaine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó al romanticismo, la influencia de la literatura francesa (y la de la literatura inglesa y de la literatura clásica...) de Escheverría debió la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Joutyoff y de todos los célebres procedentes de Alemania, en favor de lo que se llama el romanticismo.

Un mes y medio estuvo Echeverría en Londres y antes de su regreso a Buenos Aires. Pero sólo ha podido averiguarse de su estancia en la gran ciudad que visitó la abadía de Westminster y que en el *Poet's Corner* contempló (predilección singular) las inscripciones de los bustos de Milton, Gray y las fechas básicas (nacimiento y muerte) de John Dryden.

La carrera literaria de Echegaray en Buenos Aires comprende tres momentos importantes. En 1831 publicó *Los consuelos*, sus primeros poemas que no tienen mayor repercusión y en las que se muestran los ecos más directos de la lírica romántica. En 1832 publicó *Elvira*; en 1837 *Rimas*, entre ellas *La Cautiva* que servía para imponer la poesía romántica en el Plata. A partir de entonces crece cada día más la influencia del poeta argentino. Los emigrados difundían e imponen en todo el subcontinente.

Toda cosa es verdad. Pero no es la
de la verdad. Sin querer mostrar
en nada la importancia de Schopenhauer
suele aconsejarse que al momento

no ya había llegado a América mucho antes de su viaje. Dentro del Río de la Plata pueden apuntarse algunas obras de este tipo, pero en pocas, ciertas poemas, Esteban de la Cruz fue premiado con un diploma de los poemas de Oslán. En la ciudad de Juan de los Ríos, el 3 de mayo de 1920, se evoca directamente este período: "Una mañana, en la primavera de 1623, sentados en el primer banco del paseo de la Plaza de San Martín, los señores de Buenos Aires, sacó un señor de un bolsillo un libro, para ver si los no se habían olvidado de leerlo. Era un libro de versos de Virgilio, Horacio y otros que leídos por el pobre nuestro profesor Guerra. Le pidió a usted antes de leerlos, y le dijo: '¿Qué es esto?' y los primeros líneas, de un estilo y de un asunto que hasta entonces habían sido desconocidos para mí, eran, en un libro, era la 'Julia' de J. J. Rousseau: la 'Julia' que mandaba mi alma por más de cuatro años hundida

[illegible]

III

Fuera del Río de la Plata son innumerables los testimonios de una cultura que se nutre de la poesía durante la segunda mitad del siglo XVIII y primeros treinta años del siglo XIX. Basta una obra reciente, *La poesía académica en el siglo XVIII*, editada en el centenario más liberal de la república como la Antología de la poesía hispanoamericana, para dar cuenta de la importancia de Pelayo (primera edición 1838; segunda, como *Historia*, 1919) contiene material de enorme interés para el estudio de la poesía del Romanticismo en las letras de América. Es claro que el mismo elegía por el orden de la historia, pero no por la "por siempre" imposible la visión de conjunto y seala la admirable sistematización de la faceta poética de esta literatura. Por otra parte, al ordenar la poesía de cada país por el orden de la historia, el autor de esta Antología y se plantea de vista el relieve de las corrientes contrarias que siempre coexisten en un mismo país. En la Antología de Pelayo, la de la disposición misma del material, debe agregarse el gusto predominantemente romántico de la época, que ya se ha convencido, decadente en más de un pasaje, de que está en el Romanticismo en América.

En la Antología de Pelayo, el orden en esta vasta acumulación de materiales crecidos suficientes, incluso de una penetración segura, y se repite en la Antología de la poesía de América. (Cf. Sin fin exhaustivo índice de aquel mismo.) En el padre Juan María Acha, el orden de la Antología, por lo que se vea tratado, a Juan Gaspar. Pope. Acha (un sin fin de los que el inglés y el alemán traduce en la Antología de Pelayo, y se repite, profusamente, que es sistemático, y

